

siste á mis deseos.—Tu llamastes en tu favor al que formé los mundos de la nada: yo cuento con el indómito valor de mis guerreros.—Si Dios te ayuda á tí, tiempo hace pardiez! que el demonio guia mis pasos en la tierra.

Y relámpagos sin cuento, y añosas encinas y corrientes impetuosas se oponen á su paso.

Adelante, mis bravos campeones, adelante valientes adalides; adelante, hijos del rayo.

Y salvan zanjas, y cruzan torrentes y llegan por fin á los umbrales del miserable albergue.

—Cerca nos hallamos, con estertórea voz esclama el conde.

Y un sordo rumor de loca satisfaccion percíbese en torno.

—Los gemidos de los moribundos mézclense con el horrisono fragor del trueno.—No quede en vuestras almas ni un soplo de compasion: ni un átomo de lástima se anide en vuestros pechos: arracad vuestros corazones antes que las legiónas alcancen á enternecerlos.—Llegamos ya.

Y desmontando silenciosamente treparon por las escalas, descendieron al jardin y arrancaron las férreas rejas, combatidas por los fuertes golpes de las pesadas mazas.

—Si dentro de una hora mi pendon no ondea triunfante en la cúspide de esa casucha, mañana vuestros cuerpos colgados en las almenas de mi castillo, servirán de pasto ¡vive Dios! á las aves carniceras.—Ya que las súplicas fueron inútiles, hechicera vieja, la fuerza alcanzará lo que deseo.—La muerte, dijiste, aguardarás serena: ya que á Dios invocaste, acuda El en tu apoyo.

La guerrera turba lanzóse dentro, cual nube impulsada por recio aquilon: á los pocos momentos la inocente jóven por quien suspiraba el valeroso conde yacia desmayada en sus brazos.

—Adelante ahora, mis lebreles; sembrad dóquier el espanto: el mundo entero retiemble á vuestro aspecto.

Hasta las heces apuraron la copa de la impura bacanal: nada se respetó y montaron de nuevo en sus corceles.

La tempestad amenazaba desplomarse sobre la naturaleza entera.

¿Y quien sabe?—acaso el Eterno lanzaba con ella su anatema sobre la frente del que se habia atrevido á sentar su abominable planta en la

casa del Señor para convertirla en lugar de maldicion.

TEODORO DE MENA.

(Se continuará.)

AMOR SIN ESPERANZA.

Hay una púdica virgen tan rica de perfecciones que ni rival en los ángeles ni en las mugeres conoce.

Y á esa muger, á esa virgen tributa en silencio un hombre en el santuario del alma timidas adoraciones.

Ese hombre triste poeta del amor y los dolores, de su adoracion profunda la santidad reconoce.

Mas nunca al objeto amado revelará esos amores idólatras que en el fondo de su corazon esconde.

Que á veces el hombre debe sus sentimientos mas nobles ahogarlos dentro del pecho aun que al ahogarlos le ahoguen.

Pobre poeta... El camino que solitario recorre espinas tiene en el centro y abismos tiene á los bordes.

Por eso evita que el ángel de sus eusueños asocie su destino á otro destino que infortunado le torne.

Por eso abatido y triste sin otro ser que le apoye vá por el mundo, aun que teme que sus fuerzas le abandonen.

Oh! no arranqueis sus secretos á los tristes corazones que sus secretos adoran por mas que la paz os roben.

Oh! no escijais al poeta que os revele el dulce nombre de la virgen á quien ama sin esperanza, sin goces...

